

1810, 1910, 2010:
Independencia, Revolución Mexicana, Perspectivas latino americanas

Claudia Wasserman¹

En los próximos tres años – 2008, 2009 y 2010 – América Latina será escenario de conmemoraciones conectadas entre si por la idea de transformación social presente en la época de eclosión de cada uno de aquellos episodios históricos. En 2008 se conmemoran los diez años de la Revolución Bolivariana, protagonizada por el pueblo venezolano, bajo el liderazgo de Hugo Chávez Frías. En 2009 se habrán pasado cincuenta años de la victoria de Fidel Castro y de los rebeldes de Sierra Maestra sobre los abusos del odioso dictador cubano Fulgencio Batista. 2010 es el año del centenario de la Revolución Mexicana y del Bicentenario de las Revoluciones de Independencia en la América Española.

Venezuela, Cuba y México serán escenario de la celebración de estos episodios, bien como la reflexión a respecto de sus consecuencias a largo plazo. La obsesión conmemorativa es característica de los políticos que, a través de los tiempos, desearon hacer constar victorias contra sus enemigos, celebrar grandes conquistas o perpetuar la imagen de héroes nacionales.

La multiplicación de ocasiones para celebrar hechos decisivos de nuestro pasado no es mera casualidad, como observó J. Revel en relación a la historia de Francia, pero revela nuestra relación con la historia que tiende a ser reconstruida a través de su dimensión conmemorativa (Revel, 2005: 271-273). Una crítica generalizada a las conmemoraciones se refiere a la institucionalidad política, sujetas a los condicionamientos de conjeturas, y generalmente conectadas a los intereses de los gobernantes. Segundo Wallerstein, en este sentido, “recordar el pasado es un acto del presente, hecho por hombres del presente y que afecta el sistema social del presente” (Wallerstein, 1984: 15).

No se trata de considerar el pasado como enseñanza o la historia como maestra de la vida (*historia magistra vitae*), con objetivos pedagógicos como quería Cícero, en

¹ Profesora asociada del Programa de Pós-Gradu en Historia de UFRGS, Investigadora de CNPq, claudia.wasserman@ufrgs.br

referencia a los modelos helenísticos, o Maquiavel que recomendaba la imitación del pasado (Koselleck, 2006: 43). El estudio y el análisis de las conmemoraciones abren, en verdad, la posibilidad de entender la utilización del pasado, a través de cuales eventos históricos los poderosos buscan reforzar la identidad de una comunidad nacional, regional o local y cual el carácter de esta identidad que busca ser consolidada.

Esa forma particular de recontar el pasado a través de la conmemoración y del refuerzo de identidades no omite, sin embargo, un carácter reflexivo y crítico a respecto de los procesos a ser celebrados. Al mismo tiempo en que el poder político celebra un acontecimiento histórico para reforzar la identidad victoriosa de determinada comunidad, surgen los grupos *anticonmemorativos* (Fonseca, 2002: 29) formados por historiadores e intelectuales que propone una reflexión crítica sobre el pasado. Conforme Fonseca, la historiografía puede pensar y comprender la conmemoración, porque sabe a que tipo de motivaciones estas liturgias responden. Propone que esto sea hecho en el campo de la comunicación: dando respuestas, introduciendo informaciones y proponiendo explicaciones, publicando, hablando, dando conferencias, participando de mesas redondas, orientando exposiciones y audiovisuales (Fonseca, 2002: 54).

En este sentido, ¿cuál es el papel de la historiografía en el caso de las conmemoraciones que se avecinan en los próximos tres años en América Latina? Para el caso de las revoluciones latinoamericanas en análisis (Revoluciones de Independencia, Mexicana, Cubana y Bolivariana), los historiadores pueden cuestionar los logros obtenidos a través de esos procesos; ¿qué está siendo celebrado? ¿Y si, pasados doscientos, cien, cincuenta o diez años de tales episodios, las conquistas obtenidas por estos procesos permanecen vigentes? Adicionalmente, ¿la historiografía puede razonar a respecto de lo que aproxima entre sí procesos aparentemente tan diferentes en la forma y tan lejanos en el tiempo?

En una primera aproximación, se puede afirmar que en todos estos procesos históricos estaba presente un inmenso deseo de transformación de todas las sociedades; también, nunca tanto como en las revoluciones del mundo periférico, estuvo presente la acción conciente e intencional de los sujetos. Lo que no significa, sin embargo, que las utopías existentes en esos proyectos de transformación hayan tenido éxito. Inclusive porque en cada uno de esos procesos eran varios proyectos de sociedad que disputaban la nueva organización social resultante del estallido revolucionario.

La oportunidad de reflexión crítica a respecto de estos episodios a través de fechas conmemorativas abre la posibilidad de análisis de una doble perspectiva. La

primera interpretación podrá ser diacrónica: de las conquistas, de las frustraciones, de las herencias, de los resultados de larga duración. En este aspecto también es posible un análisis de las diferentes versiones que la revolución fue adquiriendo en el tiempo y el significado político del proceso para cada generación.

La otra posibilidad analítica es a través de una interpretación sincrónica, que busca las conexiones del proceso revolucionario con los otros hechos nacionales y mundiales que les fornecen sentido y permiten su mejor comprensión.

Los episodios que evolucionaron a partir de 1810, 1910, 1959 y 1998 se constituyen como luchas particulares, caracterizadas por ingredientes originales a cada proceso, respondiendo a conjeturas nacionales o locales, pero también remiten a los procesos internacionales como la lucha contra el monopolio en el inicio del siglo XIX, la lucha contra el latifundio, la lucha contra el imperialismo y el antagonismo a las medidas neoliberales en el final del siglo XX. La movilización de las energías populares a través de un enemigo común estuvo presente en todos esos procesos revolucionarios, respondiendo a los problemas específicos y particulares de cada región, pero se revela simultáneamente como parte del espíritu de la época y responde a los problemas comunes del sistema mundo capitalista.

Las revoluciones de Independencia hispano-americanas tuvieron inicio concreto con el derrumbe del imperio español, a partir de la deposición del rey Fernando VII por el hermano de Napoleón, José Bonaparte. La ausencia de autoridad metropolitana hizo emerger contradicciones que estaban acumuladas hacía mucho tiempo en tierras americanas. Los antagonismos, frecuentemente exagerados por la historiografía, entre “americanos” y “españoles” eran acompañados de una serie de otros intereses de grupos intermediarios de mestizos, por ejemplo, que buscaban asumir una posición en sociedades rígidamente jerarquizadas y de la presencia incómoda de las “clases peligrosas”, formadas por indígenas, negros y blancos pobres.

Al mismo tiempo, sin embargo, la lucha por la independencia en los países latinoamericanos respondía al contexto internacional de la crisis del antiguo régimen, desencadenada mundialmente por la doble revolución, industrial y francesa. El alcance de esta influencia debe ser matizado. Aunque las independencias de las colonias españolas en América hayan sido parte de un proceso mundial de crisis del absolutismo como forma preponderante de poder político, del fin de la hegemonía de las aristocracias feudales en grande parte de Europa occidental y del rompimiento de los monopolios, con la ascensión indiscutible de la burguesía, del liberalismo y de la

república, las influencias de las ideas del iluminismo tuvieron repercusión muy asimétrica en todo el continente. Además de la asimetría, determinada por mayor o menor control metropolitano, la circulación de autores franceses, alemanes e ingleses fue pequeña en toda la región y la versión española de la Ilustración, mucho más difundida en América, era conservadora y estaba reducida a un proyecto de modernización dentro del orden establecido.

Segundo Guazzelli, “los primeros efectos de la Ilustración en las colonias americanas no se sintieron en la propagación de nuevas ideas capaces de transformar la vieja orden, pero en las consecuencias de una reforma económica-política (Reformas Borbónicas), que visaba, a través, de la modernización, garantizar aquella orden” (Guazzelli, 2003: 139). Los llamados movimientos percusores también no fueron resultado de la diseminación de las ideas de libertad que circularon en la Francia revolucionaria, pero de presiones tributarias de la corona española y de la propia elite criolla.

Las ideas de la revolución de independencia de Estados Unidos fueron mucho más convenientes a la elite colonial hispanoamericana que las predicas francesas, porque las primeras conservaban la grande propiedad y la esclavitud como ejes de la economía, mientras en la fase jacobina de la revolución francesa esas instituciones fueron colocadas en jaque. Así mismo, aunque minoritarios, surgieron movimientos de independencia que cuestionaron el predominio del latifundio y de la esclavitud, como la revuelta liderada por los curas Hidalgo y Morelos en México, el movimiento artiguista en el Río de la Plata o la revolución de Independencia en Haití. Prácticamente todos los movimientos radicales fueron vencidos en los procesos de independencia hispanoamericanos y prevaleció un orden aristocrático y conservador.

La principal herencia de las revoluciones de independencia es resultado de las actividades desarrolladas por Simón Bolívar. Descendiente de una familia de aristocracia criolla de Caracas, él fue el responsable por la liberación de cinco países hispanoamericanos (Venezuela, Colombia, Bolivia, Perú y Ecuador) y lanzó un ideario, elaborado a lo largo de las luchas por la independencia, que constituyó una de las más vigorosas herencias políticas a los revolucionarios latinoamericanos del siglo XX. A lo largo del siglo XX, la imagen de Bolívar fue homenajeadada por figuras como José Martí, Fidel Castro y Hugo Chávez, cuyo principal rescate de aquel ideario se refiere a la lucha bolivariana por la liberación y unión de los pueblos americanos y contra la esclavitud.

La Revolución Mexicana que estalló en 1910 con la insurrección comandada por Francisco Madero poseía ingredientes que iban más allá de la crítica de las nuevas elites a las viejas oligarquías, representadas por la dictadura persistente de Porfirio Díaz, en el poder desde 1876. El proceso que estalló en 1910, revelaba la primera gran crisis del poder de las elites primario-exportadoras, tributarias del período colonial y que realizaban el vínculo entre el latifundio y el capital internacional. La crisis resaltó un acumulo de contradicciones de la sociedad mexicana y fue responsable por la movilización de campesinos, pueblos indígenas, operarios, sectores medios urbanos, capitaneados inicialmente por las oligarquías periféricas insatisfechas con los rumbos de la dictadura porfirista.

Pero, al mismo tiempo en que la Revolución Mexicana revelaba los problemas inherentes a la situación política, económica y social del país, también fue parte de una ola de movimientos que atingía el mundo semicolonial o a la periferia del sistema capitalista, ejemplificados por el preuncio de la crisis rusa en 1905, la revolución republicana china en 1911, liderada por Sun Yat-sen, la Revolución Rusa de 1917, la independencia húngara en 1918 y la proclamación de la República de Weimar en la Alemania de 1919. Mismo sin conexiones concretas o influencias mutuas entre esos procesos y mismo que los resultados hayan sido bastante dispares, la coincidencia temporal y los problemas levantados por los proyectos, revelan que una de las primeras crisis del capitalismo liberal era transferida para la periferia.

La revolución que empezó en 1910 bajo el liderazgo de una parte descontenta de las propias oligarquías mexicanas, representadas por Francisco Madero, adquirió proporciones inesperadas, con la participación de campesinos y operarios de todo el país. El proceso se radicalizó a tal punto que México fue, en 1917, el primer país del mundo a promulgar una Constitución que incluía reivindicaciones de la clase operaria y el primer país de América que incluía en el texto constitucional reivindicaciones campesinas y preveía la eliminación del latifundio y la realización de una reforma agraria. Mismo así, a lo largo del proceso y hasta 1940, terminó prevaleciendo el proyecto burgués que fue capaz de incorporar demandas de otras clases sociales y presentar sus propuestas de organización social como resultado de una voluntad colectiva nacional.

Entre los avances de la Revolución Mexicana, se puede destacar, además de la introducción de las demandas operarias y campesinas en el texto de la Constitución, el desarrollo del nacionalismo como una reacción a la interferencia norteamericana a lo

largo del proceso revolucionario y a lo largo de toda la historia de México. Todas estas conquistas no impidieron, sin embargo, que el país fuese uno de los más afectados por la presencia norteamericana en América Latina y no hizo con que los campesinos y operarios mexicanos tuviesen, a lo largo del siglo XX, una situación más favorable que sus hermanos latinoamericanos.

La valorización de los pueblos autóctonos y el desarrollo del nacionalismo, que permitieron la nacionalización del petróleo y la creación de la PEMEX en la década de 1940, bien como la nacionalización de las minas y las líneas ferroviarias y que sirvió de ejemplo para tantos gobernantes y pueblos latinoamericanos, no impidió que México fuese el primer país de América Latina a adherir a un tratado de libre comercio con Estados Unidos, el NAFTA, firmado en enero de 1994. Las conquistas operarias y campesinas a lo largo de la revolución también no fueron capaces de impedir el apareamiento de movimientos antisistémicos en los años 1990. Sintomáticamente, lo más increíble de esos movimientos, surgido justamente en 1994, en el sur de México, reivindica simbólicamente la figura de Emiliano Zapata, líder campesino en la revolución, representante de los intereses de las clases populares del país.

La Revolución Cubana que derribó la dictadura de Batista en 1959 revela particularidades de la dominación imperialista en la isla caribeña y su condición de neo-colonia. La tardía independencia de Cuba en 1898, con la intervención norteamericana en el proceso, la imposición de la Enmienda Platt en la Constitución de 1901 y las incontables interferencias de Estados Unidos en los asuntos económicos y políticos del país dejaron al pueblo cubano resentido contra la dominación. Sin embargo, las particularidades cubanas no fueron las únicas responsables por el desarrollo de los acontecimientos en Cuba. El proceso recibió influencia del nacionalismo que era la tónica de muchos gobernantes populistas latinoamericanos y de los procesos frustrados de las revoluciones de Guatemala y Bolivia, en 1944 y 1952, respectivamente. La definición por el socialismo en 1961 fue el resultado del propio proceso cubano, pero también influenciado por el clima mundial bipolar y por la latino-americanización de la Guerra Fría.

El impacto de la Revolución Cubana en las izquierdas latinoamericanas fue extraordinario. La opción por el socialismo en Cuba derribó la hegemonía de los Partidos Comunistas, destituyó de sentido la estrategia de alianza con sectores progresistas burgueses e hizo decaer la idea de revolución por etapas, preconizada hasta entonces. Las organizaciones políticas reorientaron sus actividades para la lucha

armada, para la constitución del foco guerrillero y apostaron en el descrédito de la necesidad de las afamadas condiciones concretas. La Revolución Cubana sirvió de modelo e inspiración para movimientos como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Bolivia; el Movimiento Revolucionario 14 de junio y la derribada del dictador Rafael Leonidas Trujillo, de la República Dominicana, en 1961; la formación de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) y el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR) de Venezuela; bien como para la creación de las Fuerzas Sandinistas de Liberación Nacional (FSLN), en Nicaragua, en 1964.

Aunque todos estos movimientos hayan fracasado frente a la guerra contra-insurgente, desencadenada por Estados Unidos, y por la implementación de los regímenes de seguridad nacional en grande parte de América del Sur, el germen de la lucha revolucionaria persistió en América Latina. Esa fue la principal herencia de la Revolución Cubana. El ejemplo y el modelo del socialismo implantado en la isla se transformaron en utopía para todos los movimientos que surgieron a partir de entonces, hasta 1979, con la eclosión de la Revolución Nicaragüense.

Fidel Castro, el líder del proceso revolucionario, permaneció como referencia para la izquierda de América Latina y las realizaciones bien sucedidas de la revolución en el campo de la medicina, del deporte, de la educación y de la salud son ejemplos para algunos gobiernos de la región hasta inicio del siglo XXI . Che Guevara, el medico argentino, uno de los combatientes de Sierra Maestra, se transformó en un icono de la izquierda sub-continental y de la juventud latinoamericana, siendo citado hasta los días de hoy por los movimiento libertarios de la región.

Finalmente, en 2008 también se conmemora el inicio de la llamada Revolución Bolivariana en Venezuela, cuyos ingredientes hacen parte de este conjunto de episodios de liberación nacional latinoamericanos. La elección de Hugo Chávez Frias en 1998 fue resultado de una larga crisis de la dominación política burguesa en Venezuela, que culminó con una rebelión popular en la capital, conocida como Caracazo, en 1989 y el fracasado intento de golpe contra el gobierno Carlos Andrés Pérez, en 1992. Tuvo ingredientes singulares a la situación venezolana que se refieren a la apropiación de las rentas del petróleo por las elites y a la construcción de una “pax burguesa” en Venezuela, entre 1958 y 1998, en medio a una América Latina convulsionada por regímenes de seguridad nacional.

Pero la crisis de la “pax burguesa” y la elección de Chavez también fueron resultado de ingredientes comunes a los problemas sub-continentales de los años de

1990, relativos a los efectos de aplicaciones de medidas neoliberales en todos los países latinoamericanos. Tal vez el ejemplo más contundente de la crítica al neoliberalismo en América Latina sea el fornecido por el movimiento neozapatista que estalló en México en enero de 1994, en el mismo día que el gobierno mexicano firmaba el acuerdo de libre comercio, NAFTA, con Estados Unidos. También ejemplar es el movimiento protagonizado por los indígenas de la Confederación Nacional de los Indígenas de Ecuador (CONAIE) que, excluidos del poder durante siglos, hicieron oír su voz y manifestaron claramente su voluntad de participar derribando el gobierno neoliberal de Jamil Mahuad en el inicio del año 2000. Otro movimiento similar fue organizado por las asociaciones comunitarias indígenas bolivianas, también en el año 2000, contra el control de la distribución de agua por un consorcio internacional. El rompimiento del contrato, la expulsión de la empresa y, posteriormente, en 2003, la caída del presidente neoliberal Gonzalo Sánchez de Losada, revelaron el protagonismo radical de los sectores populares bolivianos y su determinación en participar en la gestión de los asuntos públicos del país, defender la producción de los cultivos tradicionales (cultura de coca) y definir la forma de la apropiación de los recursos naturales (agua y gas).

Esos movimientos, juntamente con el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST), en Brasil, el Movimiento Piqueteros, en Argentina, y los diversos movimientos protagonizados por indígenas, campesinos, trabajadores, desempleados y desposeídos en toda América Latina, impulsaron la derribada de los gobiernos neoliberales y se hizo posible la ascensión de los gobiernos de izquierda en diversos países de la región. Son esos mismos movimientos que presionan los gobiernos de Lula, Hugo Chavez, Nestor Kirchner, Evo Morales, Daniel Ortega y Tabaré Vasquez para ampliar las conquistas democráticas y la participación social de los sectores menos favorecidos de la población.

Siendo así, analizar los resultados de la Revolución Bolivariana significa hacer una reflexión sobre el nuevo protagonismo popular inaugurado en América Latina en los de 1990 y también, sobretudo sobre el *“papel de la civilización latinoamericana dentro del mundo”*, pues *“al mismo tiempo en que era derribado el Muro de Berlín y que junto a él entraban en colapso todos los proyectos de lo que se llamó socialismo real, empezaban a surgir en América Latina tantos nuevos y muy radicales movimientos sociales anticapitalistas y antisistémicos, como también diversas rebeliones populares de una extensión y fuerza realmente notable”* (Aguirre, 2005: 29 y 30). La ida hacia la izquierda de América Latina y la emergencia protagónica de las clases populares en la

región solamente puede ser explicada a partir de la historia secular de eventos insurreccionales, protestos y luchas por la liberación nacional que ocurrieron desde el período de las independencias, por la vigencia de los problemas que originaron tales protestos, bien como por la experiencia acumulada de los pueblos latinoamericanos en la lucha por los derechos y participación.

Los procesos ocurridos a partir de 1810, 1910, 1959 y 1998 son ejemplares, pero no son únicos; recurren de un contexto de explotación, expropiación y desigualdades. Características que son comunes a toda la región latinoamericana y al mundo periférico de manera general, porque las contradicciones del sistema capitalista son las más brutales en los países menos desarrollados y los efectos de esas contradicciones del sistema son más violentas y crueles en la dirección de los sectores populares de esta periferia. Se justifica, así, que la periferia del sistema desarrolle en el recurrir de una larga historia de expropiación, explotación y desigualdad, mecanismos antisistémicos igualmente contundentes, como esos que explotaron en el inicio del siglo XXI.

Bibliografía

- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio. *América Latina en la encrucijada. Los movimientos sociales y la muerte de la política moderna*. México: Contra historias, 2005.
- FONSECA, Luis Adão da. *A dupla dimensão das comemorações*. In *Las conmemoraciones en la historia*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2002, p. 25-61.
- GUAZZELLI, César Augusto Barcellos. *A crise do sistema colonial e o processo de independência*. In WASSERMAN, Claudia (coord.). *História da América Latina: Cinco Séculos*. Porto Alegre: Edufrgs, 2003, 3 ed.
- KOSELLECK, Reinhart. *Futuro Passado. Contribuição à semântica dos tempos históricos*. Rio de Janeiro: Contraponto/PUCRJ, 2006.
- REVEL, Jacques. *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Buenos Aires: Manantial, 2005.
- WALLERSTEIN, Imanuel. *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Madrid, 1984.